

Empresarios/villanos

El vocablo "empresario" evoca imágenes paradójicas, por un lado la de persona animosa que se mete en aventuras mercantiles de riesgo, con el objetivo de obtener pronto lo que espera de ello, es decir, que su inversión produzca pingües beneficios (pingüe también es una adjetivación contradictoria e incluso antipática, y sin la diéresis: pingüe, es simplemente presente subjuntivo, o imperativo, del verbo pingar; pingan los ánimos, las banderas, pendones o lábaros, los vestidos, etc., e incluso pingan los beneficios); y por otro lado, "empresario" evoca inconscientemente una imagen rocosa de ser taimado, hipócrita y egoísta que piensa y dice que "todo el mundo va a lo suyo, excepto yo, que voy a lo mío".

Chumy Chúmez, quien además de enorme dibujante y humorista, cursó estudios de economía y fue profesor mercantil en San Sebastián, dibujaba a los empresarios en sus viñetas como seres más grandes de lo normal (siempre mucho más grandes que los trabajadores que rodeaban al empresario), reclinados en oscuros y elegantes sillones orejeros, vestidos de frac negro y con sombrero de copa reluciente, y generalmente abusando de su poder, perversamente ingenuos y egoístas; practicando sistemáticamente «el abuso de palabra y obra», como lo describiría el humorista. Aunque Chumy, que a su manera se declaraba de derechas, opinando y tratando de demostrar humorísticamente que todos lo somos (*Todos somos de derechas*, Ediciones 99, Madrid, 1973), quizá por haber tenido contacto directo con el mundo mercantil y empresarial (además de con el editorial que viene a ser lo mismo), mostraba invariablemente al empresario como un ser incapaz de ponerse en el lugar de los otros, de los que no son empresarios, y mucho menos capaz de atender el interés de los trabajadores, de los que sólo espera un rendimiento creciente e inagotable que le lleve a obtener los esperados pingües beneficios.

Octavio Colis es escritor e ilustrador

Fue Richard Cantillon, economista anglofrancés que vivió a caballo entre los siglos XVII y XVIII, quien definió al empresario por primera vez como «la persona que paga un cierto precio para revender un producto a un precio

incierto, por ende tomando decisiones acerca de la obtención y uso de recursos, admitiendo consecuentemente el riesgo del emprendimiento» (*Essai sur la nature de commerce en général*, escrito en torno a 1730 y publicado en francés 20 años después de su muerte, por que debido a la censura el manuscrito se divulgó sólo en círculos intelectuales). El concepto de emprendimiento y de emprendedor (*entrepreneur*) relacionado con la vocación empresarial, forma parte ahora del ideario de futuro económico español de la derecha de toda la vida, la caciquil, que siempre ha opinado que en donde está mejor el dinero del país es en el bolsillo de los emprendedores y en ningún caso en las arcas del Estado. No obstante, como se han colado en el sistema democrático, y han de medir sus palabras por aquello del voto, dicen ciudadano donde piensan consumidor o empresario, porque incluso los emprendedores han de demostrarles que tienen lo que hay que tener para ser un buen empresario, es decir: dinero.

En cuanto al vocablo “villano” relacionándolo con el de “empresario”, creo yo viene del desprecio que sentían los antiguos capitalinos negociantes de la llegada al campo de los negocios del hombre rural, que aunque tenía las mismas intenciones que ellos, y parecida o superior capacidad de inversión, ambición e ingenio, carecía de sus formas, tradición y maneras, por lo que debían trabajarse su ascenso social para hacer olvidar su villanía. Etimológicamente, villano viene del tardo latín *villanus*, siervo o campesino, hombre de *villa*; en inglés se dice *villain*.

Estos adinerados campuzos emprendedores recién llegados a la ciudad, a los corrillos financieros de las y los capitales, cumplían y respondían exactamente a la definición de Jean-Baptiste Say sobre los emprendedores o empresarios, porque en su origen manejaron la tierra de uno, el trabajo de otro y el capital de un tercero para generar un producto mercantil. Mediante el beneficio de la venta del producto en el mercado pagaban la renta de la tierra, el salario de los empleados y el interés del capital, y todo lo que restaba era para ellos. Cuando llegaron con su capital a las capitales y a los grandes negocios estaban en realidad mucho más preparados que los empresarios de ciudad que apenas contaban con esas perspectivas y enseñanzas de volumen de producto y extensión de fábrica. Por eso debe de ser que en los estereotipos de empresario villano no ha quedado traza alguna de su posible pasado campuzo, porque parece innecesaria cuando lo que es característico en el estereotipo villanesco del empresario es su avidez y ostentación de riqueza. Y esto lo entendieron pronto en España, por eso, si había que tener un buen vehículo a motor, cuando iban a adquirirlo a un concesionario solicitaban un “haiga”. «¿Qué coche quiere el señor? –le preguntaba el vendedor–, el más grande que haiga –respondía el nuevo capitalista».

La derecha española empresarial, campuzana o capitalina, hoy delegada para regir los destinos sociales y políticos de los españoles, incluso voto mediante, estaría interesada, y sólo en algunos casos, en los emprendedores como innovadores que buscasen subvertir el

“estatus-quo” de los productos y servicios existentes para crear nuevos productos y servicios en los que los empresarios de toda la vida pudieran invertir. Esta idea del emprendedor (*Unternehmergeist*) como innovador es la que explicaba Schumpeter a través de su teoría de la “destrucción creativa” en sus estudios sobre el ciclo económico y su concepción cíclica e irregular del desarrollo capitalista (*Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*), que le llevaron a predecir la desintegración sociopolítica de ese capitalismo, debido a su propio éxito.

Pero nuestra derecha capitalista de toda la vida, la que dibujaba tan certera y esquemáticamente Chumy Chúmez, es mucho más primitiva y elemental y se ajusta mejor a modelos anteriores a los descritos por Keynes, Schumpeter, Druker, Stevenson, Galbraith, o incluso Cantillon o Jean-Baptiste Say. Sólo a regañadientes (y siempre en consideración a la obligada imposición de la moda sufragista del nuevo mercado) aceptan ser definidos como personas físicas que, con capacidad legal y de modo profesional, combinan capital con trabajo con el objetivo de producir bienes (e incluso servicios) para ofertarlos en el mercado a fin de obtener beneficios. Y quizá en este sentido sólo aceptarían de buen grado el halo protector de la definición de sus actividades que propone Adam Smith cuando asegura que sólo el control directo de los propietarios puede producir la maximización de beneficios.

La derecha española empresarial hoy delegada para regir
los destinos sociales y políticos de los españoles estaría interesada,
y sólo en algunos casos, en los emprendedores como innovadores
que buscasen subvertir el “estatus-quo” de los productos y
servicios existentes para crear nuevos productos y servicios en
los que los empresarios de toda la vida pudieran invertir

Aun a pesar de los esfuerzos de la FAES, esto del espíritu emprendedor carece en España de tradicional educación emprendedora o de educación para el emprendimiento, porque no existe cultura española emprendedora alguna que fije las obligaciones legales, la vocación, el espíritu, las actitudes y las habilidades del emprendedor, creo yo porque los caciques catecumenales simplemente se han acostumbrado a heredar y no son partidarios de dejarse educar ni se les ha enseñado que se deba educar a nadie en temas económicos, sexuales, artísticos ni de ciudadanía. «En esto del empresariado –diría un empresario de Chumy–, se es o no se es, y punto». Las escuelas de negocios españolas ven y tratan de enseñar las cosas de otra manera, véase por ejemplo la aplicación demostrada en sus enseñanzas en este sentido por el yerno de Juan Carlos I, Iñáqui Urdangarín, quien sin embargo y a pesar de ellas, se ve atrapado entre los conocimientos adquiridos para el lucido desarrollo de sus habilidades y la legalidad vigente, aunque sólo sea por una simple cuestión de forma, como aseguran sus abogados.

Quizá el duque de Palma y su señora, la infanta Cristina, en el desarrollo a ojos vista de su modernidad aparente, querían que se les viera más adscriptos a la entidad, arrogancia, riesgo o generosidad financiera de los *bussines angels* que a los empresarios españoles de toda la vida (con sus chapuceras comisiones y prerrogativas privilegiadas –tipo Pepín Fernández o Florentino Pérez–, aunque en realidad lo suyo era pura apariencia, porque su comportamiento “real” ha resultado ser más parecido al de los *venture capital* administrando profesionalmente, “como sea”, dinero de terceros, de redes, ONG, grupos o “clubes de ángeles”, y aprovechándose de su situación social, tal que hubieran hecho chapuceramamente aunque sin pestañear empresarios tipo Ruiz Mateos o Gil y Gil, de pertenecer a la Casa Real. Quizá los asesores de esta monárquica institución estén desfasados, porque no sé si el rey abdicado Juan Carlos I había llegado a entender claramente que no es que “era rey”, sino que “hacía de rey”. Supongo que las *nannies* de su infancia le harían cariñosas monadas de príncipe como se les hace a todos los bebés, pero que serían los instructores en la cosa real los comisionados para introducir al niño en el estadio del espejo, que señala Lacan como el momento crucial en el conocimiento paranoico de uno mismo.

Y, por su circunstancia, supongo oíría Juanito a cada paso, frente a todos los espejos, lo que sus instructores creyeran servía para impulsar su individualismo real, todo lo que le colocaba supuestamente bien orientado hacia su destino, pero sin pasarse. Nada de Hobbes, Locke, Russeau, Voltaire, Kant, Kierkegaard o Nietzsche, bastaba con que el coronel López, o el avezado instructor de turno, lo tuviera claro. Había que introducir al niño en la consciencia o conocimiento profundo de que formaba parte de un destino parecido al de los mayorazgos de las realezas políticas europeas, napoleónicas o no, destino o albur que no tendría nada de simpático ni de antipático, porque es lo que es, sin alternativa ni remedio. Así, los *lópezes* sucesivos, encargados de la instrucción de Juan Carlos, descartado definitivamente el ungimiento divino, advirtieron reiteradamente a su alteza que los semáforos se pondrían alternativamente en rojo, naranja y verde para él como para todo el mundo; que tendría frío cuando hiciera frío; que el viento le empujaría; le cagarían los pájaros si se ponía a tiro, le ladrarían los perros, etc. Aun así Juanito se metió siempre en todos los charcos convencido de que si no Dios, al menos López, el López de turno, le encubriría siempre. Para él inventaron lo de «me he equivocado, lo siento, no volverá a suceder».

Pero aun por encima de *lópezes*, don Juan Carlos I de España, como toda su familia pasada y presente, ha tenido siempre tendencia a elegir mal, y a meter la pata allí donde cupiera o incluso aunque no le cupiera, y de no haber sido por la prensa que lo mimaba como si les fuera algo en ello estaría hace tiempo definitivamente desprestigiado por él mismo o por sus amiguitos del alma, entre los que se lleva la palma del desacierto Manuel Prado y Colón de Carvajal. Su hijo, Borja, muy amigo de Jaime de Marichalar y de la infanta Elena (que de no ser por la ley sálica a la dinastía de los Austrias habría sucedido la de los Borbones y a ésta la de los Marichalares), fue nada menos que consultor en España de

la Union des Banques Suisses (UBS) y de sus secretismos. Hay otros ejemplos de amigos extraños del monarca, Conde, De la Rosa y varios jeques, banqueros y apandadores varios. Porque a pesar de lo avisadísimo que estuvo siempre, don Juan Carlos fue dilapidando año tras año la inercia de su suerte hasta que parece que ya no ha podido impulsarle más. Y mucha de la paciencia ciudadana en este país de tuertos en el que el ciego es el rey, se la ganó por su actitud durante la extraña noche conocida como la del 23 F.

No sé si los monarcas podrían escapar en ningún caso, o en alguna parte, a la infamia que va con el cargo, pero este Juan Carlos I, que ha sido nuestro rey infame, empresario villano, por el birlibirloque del calzador de un generalísimo, siendo más Borbón que regente formal, se ha ganado al menos no estar loco, porque hay que estar loco para creerse rey, sobre todo cuando se es rey, como le decía una y otra vez el coronel López cuando le vislumbraba junto a empresarios villanos y sin escrúpulos que le ofrecían aventuras capitalistas: «Alteza, una cosa es hacer de rey y otra muy distinta creerse rey ungido por la Providencia, no vayamos a cagarla».

Quizá una de las primeras aventuras capitalistas tipo *bussines angel* relacionada con las casas reales sea la de la propia Isabel la Católica, quien financió el viaje de Colón hacia las Indias Orientales y Cipango. Colón era un emprendedor medieval, que anduvo mucho tiempo buscando un caballo blanco que le ayudara a llevar a cabo su descabellada idea. La ofreció en Francia y también al rey de Portugal, pero la Junta de Matemáticos la desestimó, así como la desestimaron también los miembros de la Junta de Varones de la Universidad de Salamanca, aunque a la reina le daba un no sé qué rechazar el plan totalmente. Cuando el duque de Medinaceli pareció interesarse vivamente por ese viaje, e intuyendo las posibles consecuencias económicas que tendría, de salir bien, la reina llamó a Colón y le hizo saber que en cuanto acabara con la conquista de Granada y venciera la resistencia de los nazaríes daría vía libre al proyecto. Pero como no andaba sobrada de recursos financieros tuvo que aceptar la ayuda de un judío converso, Luis de Santángel, notario de la Corona de Castilla y banquero de ella misma y de su esposo y aliado Fernando. Santángel se constituyó así en mentor de otro converso, Cristóbal Colón (Christophorus Columbus, “paloma que porta a Cristo”, descendiente de judíos españoles que habían huido a Génova tras las cruentas represiones y expulsión de los judíos de Aragón y Castilla, ocurridas en 1391). Isabel prendó sus joyas a cuenta y garantía de la elevadísima cantidad de 1.140.000 maravedíes que prestó Santángel para la aventura comercial del loco marino, dineros que fueron cumplidamente devueltos, como consta en el Archivo de Simancas, así como el acuerdo de coinversión concretado en las Capitulaciones de Santa Fe, firmadas por Santángel y Colón, el 17 de abril de 1492.

Se supone que por esto existe hoy un fondo llamado Isabel la Católica EAF Spain que proporciona capital a Bussines Angels y otros inversores no institucionales, con el propósi-

to de promocionar y apoyar la colaboración internacional entre Bussines Angels y Family Offices, contribuyendo a que estos inversores no institucionales sean alternativa de provisión de capitales para emprendedores y empresas de carácter innovador, aunque de muy alto riesgo, como lo era la empresa de Colón. No sé si Iñáqui y Cristina se hicieron un lío y mezclaron conceptos entre la utilización del dinero público ciudadano y el privado angelical, pero están en un lío de empresarios villanos.

En España contamos con una nómina extensa de estos personajes *chumychumezianos* que, además, se han entreferado en la política. En la época en la que publicaba en la prensa mis «Retratos/Infames» di relación de alguno de ellos, sin que los eligiera por orden alguno, ni intención precisa, según retrataba a alguno me venía otro, casi colándose a codazos. También retraté infamantemente a algunos políticos porque hacían labores de mamporrero empresarial, facilitando la irrupción de los empresarios villanos en el panorama político de los megaproyectos, se entiende que más que por vocación por interés personal, cosa que es de suponer sin aventurar mucho. También debe de haberlos mesiánicos, según un similar mendeleievano para la villanía empresarial pura, pero no acabo de encontrarlos, aunque deben de estar en alguna parte, con su peso específico enumerable.

Empecé aquella sección con el retrato infame de Rodrigo Rato, que no es tampoco un *bussines angel*, ni siquiera fue nunca un emprendedor a la manera que define, propone y promociona la FAES, incluso podría decirse que este político y empresario es el antimodelo que el PP diseña, a la manera israelí, en su sistema de apoyo al emprendimiento y la innovación. Y colijo esto porque junto a sus hermanos María Ángeles y Ramón, comenzó a desmontar y arruinar el no tan pequeño imperio financiero que había montado su padre, Ramón Rato Rodríguez San Pedro, cimentado en las 68 emisoras de la Cadena Rato y, sobre todo, en Refrescos y Bebidas de Castilla (Rebecasa). No sé con qué intenciones ingresó en Alianza Popular y más tarde en el PP, pero el caso es que en 1982, a los 35 años, consiguió un escaño de diputado en el Congreso.

Tras muchos años de despropósitos en la gestión de su propio patrimonio y de la acumulación impagable de créditos para el mal sostenimiento de sus múltiples empresas, además de las citadas más arriba: Construcciones Riesgo S L; Aguas de Fuensanta, SA; Arada SL; Aurosur SL; Constructora Inmobiliaria Urbanizadora Vasco Aragonesa SA (Ciuvasa); Muinmo SL; Viajes Ibermar SL; Grupo Alimentario de Exclusivas; Cartera del Norte; Edificaciones Padilla SL, entre muchas más, entró sorprendentemente en el Gobierno del PP como vicepresidente segundo y ministro de Economía y Hacienda, nada menos, para lo que evidentemente no estaba preparado, aunque no parece que esto fuera tan importante porque fue ratificado en el cargo por su amigo José María Aznar el año 2002. Como ministro privatizó empresas públicas como Argentaria (a la que solicitó luego créditos supermillonarios para tratar de salvar sus propias empresas), Tabacalera, Telefónica, Endesa o

Repsol. Y seguro de que valía para ello aceptó más tarde ser nombrado gobernador por España en las Juntas de Gobernadores del FMI, del Banco Mundial, del Iberoamericano de Desarrollo, del Europeo de Inversiones y del Banco de Europa de Reconstrucción y Desarrollo. Fue también ministro encargado de las relaciones comerciales internacionales del Gobierno español al que representó también en Seattle (1999), Doha (2001) y Cancún (2003) en altas reuniones ministeriales de la Organización Mundial del Comercio. Y, claro, con este currículum político estaba predestinado a ser el primer español nombrado director gerente del propio FMI.

Retraté infamantemente a algunos políticos porque hacían labores de mamporrero empresarial, facilitando la irrupción de los empresarios villanos en el panorama político de los megaproyectos

Si bien esta trayectoria impresionante le hubiera facilitado ser el lógico sucesor de José María Aznar, la acumulación abusiva de créditos e impagados en su propia gestión privada desaconsejó a su amigo dejarlo al frente de los destinos de la nación. Aun así, en 2010 fue nombrado en mala hora presidente de Caja Madrid. ¿Tan inescrutables son los planes de la casta político-financiera española? No creo. Este Rodrigo Rato no es sino un elemento más de sujeción de las patas que sostienen este sistema insostenible, porque hay muchos otros elementos.

Desde el punto de vista e influencia política de “Las verdades absolutas”, Antonio María Rouco Varela, especialista en derecho canónico y en crear problemas al Estado, ha sido desde 1999 hasta hace poco, defensor inamovible de que la Iglesia española quede siempre fuera de toda medida de ajuste económico, mientras, por ejemplo, se recorta hasta el desangre los presupuestos de I+D para la ciencia no ideológica que además es productiva, no como la carísima de las “Verdades Absolutas” que resulta ser absolutamente improductiva, calculando esto en dineros públicos. En el año 2012, el Estado español entregó a la Iglesia católica 159.194.593,44 euros, es decir: 13.266.216,12 euros mensuales (número 315, página 42, del «Boletín Oficial del Estado»). Siendo que el patrimonio de la Iglesia católica española sigue estando libre de lo que estipula la Ley de las Haciendas Locales con respecto al IBI, es decir que no paga por locales como garajes, residencias, gimnasios, pisos, hospitales, albergues de caridad, cocinas económicas, orfanatos, colegios (tienen de todo y en propiedad). Rouco se ha ido, pero el que le sustituye continuará la labor encomendada con dedicación y buenos rendimientos.

Y para que las patas de este banco se sostengan debidamente ha habido también que contar con el empresariado villano del diverso sistema de partidos y con los que los sus-

tentan. Felipe González y Alfonso Guerra, iluminados a su espalda por las lujosas lámparas del Hotel Palace, salieron entre las sombras de la noche a un balcón para saludar a un alborozado grupo de simpatizantes, tras su triunfo en la Elecciones Generales de 1982, levantaron el puño hacia atrás, como si les pesara o trataran de esconderlo en la oscuridad, enseñaron una rosa roja, y volvieron enseguida a la fiesta que el PSOE había montado para tan importante y deseado momento. Allí les aguardaban ávidos los representantes de los representantes, en algunos casos multilingües secretarias Mata-Hari de los representantes de los representantes; de todos aquellos con los que el PSOE se había comprometido a hablar de “lo de ellos” cuanto antes. Si hubieran ganado otros, cualquiera, hubieran estado los mismos subalternos, o quizá otros más adecuados al ganador pero, en fin, estarían representados los mismos para tratar de lo mismo. Entre todos ellos, destacaban el comisionado del Grupo Bilderberg; el del Grupo de los Siete; el de la Comisión Trilateral; el del Fondo Monetario Internacional; el del Club de Roma; Joseph Luns, secretario general de la OTAN; el representante de Viacom, un conglomerado mediático internacional que hoy aglutina a todos los grandes medios de comunicación, esencialmente para que no comuniquen nada que no interese a las grandes corporaciones internacionales, que para eso les pagan; el representante de la OCDE; el del GATT; el del Forum Económico Mundial de Davos; además de todos los otros que debían estar para comprometer al nuevo gobierno español a favor de sus intereses y el de los empresarios villanos, y había también un relleno de banqueros nacionales, industriales, militares, negociantes, curas, abogados y registradores de la propiedad haciendo bulto útil, se imaginan, además de un nutrido grupo autóctono representando al folclore y escopeta nacional, todos ellos tomando cava y canapés de chorizo ibérico, botifarra dolça del Baix Empordà, *pescaíto* frito, ostras galegas o angulas de Aguinaga y txakolí. Así y ahí comenzó el ansiado cambio.

Y quizá porque el comunismo español fue perdiendo apoyos políticos y financieros a medida que la solidaridad comunista se mareaba con las tendencias y las ósmosis ideológicas excesivas, Santiago Carrillo se disolvió en sí mismo dando paso a elementos como José Antonio Moral Santín, catedrático de Economía Aplicada en la Universidad Complutense y un día inquebrantable defensor de la RDA, quien acabó por entrar de lleno y tan campante en la caja negra de las financiaciones y los financiadores hasta llegar a constituirse hoy, ya mismo, en miembro destacado de la Consejería de Apoyos Éticos y Financieros del Partido Popular, vestido como el tío Gilito de Disney, risueña caricatura de los empresarios villanos de Chumy Chúmez, y actualmente uno de los 33 responsables de Bankia que la Audiencia Nacional, a través del juez Andreu, imputó bajo la acusación de falsificar las cuentas y estafar a los pequeños accionistas de esta entidad, entre otros presuntos delitos. Por cierto que Bankia, una vez rescatada con el dinero público de los españoles, está a punto de ser vendida privadamente, y rueda la rueda, esto no acaba nunca. O acabará cuando las bases representadas tomen cartas en el asunto. Porque no creo que las bases de izquierdas estuvieran encantadas cuando se enteraron de que Ángel Pérez, secre-

tario general de IU Madrid pasó horas colgado al teléfono de Conchita Tabuyo, secretaria personal de Florentino Pérez, cuando aquello de la recalificación de terrenos introducida a través de la modificación del Plan General de Ordenación Urbana, cuyo objetivo era dar el pelotazo del siglo haciendo edificables los terrenos de la antigua Ciudad Deportiva del Real Madrid y metiendo en ellos nada menos que 225.000 cuadrados construidos para uso terciario en forma de cuatro enormes torres que marcarían el *sky line* madrileño. Finalmente el Ayuntamiento de Madrid votó a favor de «los intereses de todos» (25 de octubre de 2001), porque contó con los votos a favor de PP e IU, y con el disimulo del PSOE, que se abstuvo. «¡Qué gran consejero serías!», le dijo Pérez a Pérez, pasándole el brazo por la espalda tal que si fuera Figo. Entendida la política como negocio, y según la definición de Cantillon, el político es «la persona que paga un cierto precio para revender un producto a un precio incierto, por ende tomando decisiones acerca de la obtención y uso de recursos, admitiendo consecuentemente el riesgo del emprendimiento».

Y si esto no se acaba es porque la lista de corruptores, corruptibles y corruptos es históricamente demasiado amplia. Hoy, los políticos han prestado la democracia a los empresarios villanos, en algún caso se la han regalado, a cambio del dinero de los empresarios villanos, ya sea para los propios políticos o para la caja de los partidos. Y por todo esto, más bien la imagen que suscitan los vocablos empresario y villano para los españoles, ya han ido abundándose de otros significantes que aparecen al evocarlos. Y no son los fantasmas de los mercados los que urden este tipo de operaciones, sino que tienen rostro y manos reconocibles.